

Alister Ramírez Márquez

MI VESTIDO
VERDE ESMERALDA

prólogo

Clara E. Ronderos

Mary G. Berg

STOCKCERO

Ramírez Márquez, Alister

Mi vestido verde esmeralda / con prólogo de: Mary Berg y Clara E. Ronderos

- 1a ed. - Buenos Aires : Stock Cero, 2006.

176 p. ; 22x15 cm.

ISBN 987-1136-60-9

I. Narrativa Colombiana. I. Berg, Mary, prolog. II. Clara E., Clara E., prolog. III.

Título

CDD Co863

© 2003 Alister Ramírez Márquez

Copyright Prefacio © Clara E. Ronderos / Mary G. Berg
de esta edición © Stockcero 2006

1° edición: 2006

Stockcero

ISBN-10: 987-1136-60-9

ISBN-13: 978-987-1136-60-5

Libro de Edición Argentina.

Hecho el depósito que prevé la ley 11.723.

Printed in the United States of America.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

stockcero.com

Viamonte 1592 C1055ABD

Buenos Aires Argentina

54 11 4372 9322

stockcero@stockcero.com

Alister Ramírez Márquez

Novelista, periodista y docente de literatura hispanoamericana nacido en Colombia en 1965, en la ciudad de Armenia, capital del departamento del Quindío, donde transcurre gran parte de la acción de *Mi vestido verde esmeralda*.

Su niñez y adolescencia transcurrió en el Quindío, interesándose desde joven en el periodismo. Como el mismo lo describe: “crecí en esa región, mi familia era cafetera y estuve muy de cerca a todo ese mundo oral”. Ha vivido en Bogotá, y desde 1989 en Nueva York, colaborando con varias revistas y periódicos.

Una serie de sus entrevistas se publicó en 1996, Reportaje a 11 escritores norteamericanos, que incluye a John Updike, Harold Bloom, Norman Mailer, y Joyce Carol Oates entre otros.

En el año 2000 se publicó un relato infantil suyo, *¿Quién se robó los colores?* basado en un mito indígena precolumbino, y en 2005 se publicó el estudio *Andrés Bello: crítico*, tema de su tesis doctoral para la City University of New York en 2004.

Mi vestido verde esmeralda es su primera novela.

Publicada por Ediciones Ala de Mosca en Bogotá en 2003, en 2005 fue reconocida por el “Premio Internacional de Literatura del Círculo de Críticos de Arte de Chile”.

*Dedicado a Alicia, Richard y Alistair,
y a todas las mujeres luchadoras del mundo.*

ÍNDICE

PRÓLOGO	IX
EL AUTOR	
EL VIAJE DE CLARA Y LA LITERATURA COLOMBIANA	
RELATO E HISTORIA	
PATRIA GRANDE Y PATRIA CHICA.	
LA VOZ NARRATIVA FEMENINA	
A MANERA DE CONCLUSIÓN	
BIBLIOGRAFÍA:.....	XXI
MI VESTIDO VERDE ESMERALDA	
PRIMERA PARTE	
CAPÍTULO I.....	I
<i>Clara</i>	
CAPÍTULO II	II
<i>Domingo</i>	
CAPÍTULO III	17
<i>La trocha</i>	
CAPÍTULO IV	27
<i>El guayacán</i>	
CAPÍTULO V	33
<i>Salento</i>	
SEGUNDA PARTE	
CAPÍTULO VI	37
<i>La casa</i>	
CAPÍTULO VII	43
<i>Doña Virtudes</i>	

CAPÍTULO VIII.....	47
<i>El morenito Márquez</i>	
CAPÍTULO IX	51
<i>Carmen</i>	
CAPÍTULO X	55
<i>Jesús se arrepiente</i>	
CAPÍTULO XI	59
<i>El restaurante</i>	
CAPÍTULO XII	69
<i>Israelino</i>	
CAPÍTULO XIII.....	73
<i>Rosario</i>	
CAPÍTULO XIV.....	79
<i>Pacha</i>	
TERCERA PARTE	
CAPÍTULO XV	85
<i>El Berlín</i>	
CAPÍTULO XVI.....	89
<i>Los colonos</i>	
CAPÍTULO XVII.....	97
<i>Mi propia defensa</i>	
CAPÍTULO XVIII	101
<i>Polancho</i>	
CAPÍTULO XIX.....	105
<i>Mi exilio</i>	
CUARTA PARTE	
CAPÍTULO XX	111
<i>Dionisio</i>	
CAPÍTULO XXI.....	121
<i>Mi hija</i>	
CAPÍTULO XXII	127
<i>El secuestro</i>	
CAPÍTULO XXIII	135
<i>Los muebles déco</i>	
CAPÍTULO XXIV	139
<i>Damaris</i>	

PRÓLOGO

Mi vestido verde esmeralda de Alister Ramírez Márquez relata las experiencias de una mujer colombiana en su viaje vital a lo largo del siglo veinte. El tema del viaje es una constante de la literatura a través de los siglos, sea el viaje exterior por nuevas geografías, o el viaje interior en busca de autoconocimiento, sabiduría, o reconciliación. El viaje puede durar siglos como en las leyendas del Judío Errante, décadas como en la *Odisea* de Homero, o un solo día, como en el *Ulises* de James Joyce. El viaje puede ser motivado por idealismo, como en *Don Quijote* de Miguel de Cervantes, por deseo de encontrar algo, que puede ser material, como el anillo de *The Lord of the Rings* de J.R.R. Tolkien, o moral –búsqueda de la verdad– como es el caso de *Pedro Páramo* de Juan Rulfo, *Los pasos perdidos* de Alejo Carpentier, o *Conversación en la Catedral* de Mario Vargas Llosa. El viaje también puede ser inspirado por la guerra o el destierro, el deseo de escapar, el anhelo de un futuro mejor, o por puro deseo de aventura; con frecuencia el viaje es motivado por una mezcla de estas inquietudes. En todos estos casos el viaje es una metáfora de la vida; todo ser humano viaja en el tiempo, anheloso de encontrar lo que le define como individuo, lo que da coherencia y significado a sus experiencias y a su vida, y por extensión, a su familia y a su nación. El adoptar esta bien conocida estructura literaria del viaje,

facilita toda conexión y resonancia con el acumulado poder metafórico del tema, que puede ser solemne, espiritual o religioso (peregrinajes a Mecca, las cruzadas, incluso la caminata entre las estaciones de la cruz en una iglesia católica), rito de autodescubrimiento (“Diarios de motocicleta”) o paródico o burlesco (desde las novelas picarescas hasta películas recientes, todo el género de comedias de viaje “road trip” como “Guantanamera” o “Eurotrip”).

La literatura hispanoamericana contiene una inmensa riqueza de relatos migratorios, escritos a partir del siglo dieciséis por españoles ya establecidos en América pero nostálgicos por la España –la cultura, la familia, la comida, los animales y plantas conocidos– que habían dejado. En las naciones independientes del siglo diecinueve ya surgían los relatos de viaje que comparaban las dos culturas, y los relatos de exilio llenos de nostalgia y deseo de volver. En los siglos veinte y veintiuno, con todas las olas sucesivas de exilio político y económico, los relatos de personas trasladadas a otra cultura han proliferado. El hogar o la nación ya abandonados se retratan con cariño y detalle minucioso, los recuerdos se convierten en íconos preciosos y se saborean con lentitud grata, transformándose en mitos que van alejándose más y más en el tiempo. *Mi vestido verde esmeralda* pertenece a este grupo de sagas de viajes migratorios que narran cómo el viajero deja lo familiar y lo conocido y se establece en nuevos lugares, o “nuevas tierras” como las llama la novela. En su texto se recrea una Colombia de nostalgia, de sueños, de recuerdos que se han convertido en la historia de Clara, la protagonista. No sorprende que *Cien años de soledad* fuera escrito por un colombiano (Gabriel García Márquez) ya establecido en México. No sorprende tampoco que el viaje mítico por la cordillera andina que inicia *Mi vestido verde esmeralda* fuera escrito por un colombiano que vive ahora en Nueva York.

EL AUTOR

Alister Ramírez Márquez nació en 1965 en la ciudad de Armenia, capital del departamento del Quindío en Colombia, donde transcurre gran parte de la acción de *Mi vestido verde esmeralda*. Ramírez Márquez

pasó su niñez y adolescencia en el Quindío, interesándose desde joven en el periodismo. Como él mismo lo describe: “crecí en esa región, mi familia era cafetera y estuve muy de cerca a todo ese mundo oral”. Su relación con la historia que se narra en esta novela se nutre entonces de su experiencia pero también en su formación como estudioso de la literatura e investigador: “Escuché muchas historias que se quedaron grabadas para siempre en mi memoria, y luego cuando hice la investigación para la novela conversé con muchas personas de la región”.

Ramírez Márquez ha vivido en Bogotá y desde 1989 en Nueva York, colaborando con varias revistas y periódicos. Una serie de sus entrevistas se publicó en 1996, *Reportaje a 11 escritores norteamericanos*, que incluye a John Updike, Harold Bloom, Norman Mailer, y Joyce Carol Oates entre otros. En el año 2000 se publicó un relato infantil suyo, *¿Quién se robó los colores?* basado en un mito indígena precolumbino, y en 2005 se publicó el estudio *Andrés Bello: crítico*, tema de su tesis doctoral para la City University of New York en 2004. *Mi vestido verde esmeralda* es su primera novela, publicada por Ediciones Ala de Mosca en Bogotá en 2003. En 2005 fue reconocida con el “Premio Internacional de Literatura del Círculo de Críticos de Arte de Chile”. Actualmente, Ramírez Márquez enseña en el sistema universitario de la ciudad de Nueva York.

EL VIAJE DE CLARA Y LA LITERATURA COLOMBIANA

La narrativa del viaje y su minuciosa descripción de la fauna y la flora que Clara y Jesús encuentran durante el trayecto, hacen de *Mi vestido verde esmeralda* un ejemplo interesante de otro elemento relacionado al tema de los viajes y que es recurrente en la tradición literaria colombiana. La novela romántica, *María*, de Jorge Isaacs de 1867 y la novela de la selva, *La Vorágine* (1924) de José Eustasio Rivera, obras fundacionales de la narrativa colombiana, son ejemplos sobresalientes de relatos de viaje y descubrimiento del paisaje colombiano. Un aspecto definitivo en la construcción que hace Ramírez del paisaje, la fauna y la flora colombianas, y que lo distancia de sus predecesores, es que en la voz de Clara, su narradora, estos espacios no son exóticos o extraños

sino que forman parte de una cotidianidad suya, de los arrieros, guaqueros y colonos que recorren estos territorios buscando su supervivencia. Esta relación vital con el paisaje está lejos de los textos canónicos antes mencionados, en los que el protagonista, un intelectual de la clase alta, mira a su alrededor buscando símbolos de algo que no forma parte de esta naturaleza que se describe. También, como se dijo anteriormente, las crónicas de viaje de los primeros que atravesaron estas cordilleras desde la colonia muestran escenas similares a la primera parte de este viaje, hasta llegar a Salento. En el caso de las crónicas, sin embargo, encontramos de nuevo a un viajero que no pertenece al medio y que mira con ojos de etnógrafo una realidad descubierta a medida que avanza. Veamos un ejemplo de las memorias de Boussingault escritas en 1848:

Desde este sitio la vista descansa sobre un horizonte de verdura, donde se levanta la gigantesca palmera de cera (ceroxilon) en grupos numerosos parecidos a blancas columnas; a lo lejos estas columnas paralelas hacen el efecto de mástiles de buques anclados en una rada. El descenso del alto fue tan penoso como la subida; huecos llenos de barro líquido y una lluvia incesante. Vimos aparecer entre ese barrizal a un negro que acababa de ser juzgado en Buga e iba con las manos esposadas, llevando sobre la cabeza una provisión de plátano y así avanzaba dando tumbos a cada paso, apenas sostenido por dos “cabos de justicia”. Este negro había cometido un asesinato, sin embargo tenía un aspecto tan infeliz, que sentí mucho no poder darle una limosna, pues yo estaba necesariamente desprovisto de dinero, ya que no tenía sino mi ropa embarrada. ¡Quién iba a pensar que encontraría una miseria para aliviar en las soledades del Quindío! ¹

Al igual que Clara, este personaje observa un paisaje sobrecogedor en que transitan seres solitarios con destinos diversos. La protagonista de *Mi vestido verde esmeralda* nos cuenta también de la primera vez que vio un negro cuando cumplió diez y ocho años. “Lo había visto venir caminando, medio desnudo y no sé si estaba sucio... El hombre pasó junto a mi yegua con la cabeza agachada e ignoró mi presencia. Era como si estuviera en un paisaje que no era el suyo o por el contrario era como si nosotros hubiéramos invadido su territorio más íntimo” (33). La diferencia es que este paisaje le pertenece a la protagonista y está integrado a sus recuerdos y su visión de mundo. “A medida que

¹ Boussingault, Juan Bautista José Diosdado “*Las memorias de un naturalista y científico que cedió a la tentación de ser observador y crítico social*”. Publicación digital en la página web de la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República. <http://www.lablaa.org/blaavirtual/letra-v/viajes/indice.htm> Búsqueda realizada el 25 de octubre de 2006.

Rosario fue creciendo los recuerdos de su madre comenzaron a borrarse como las palmas de cera que se perdían en la bruma de las montañas” (73). Las palmas de cera del etnógrafo son aquí una parte integral del imaginario regional.

Llama la atención en esta novela que el fenómeno de la migración es mirado desde el punto de vista del colono. Aquí la voz narrativa en primera persona reconstruye un itinerario de viaje que atraviesa la cordillera central desde el sureste antioqueño hasta las tierras sin explorar del ahora llamado departamento del Quindío. La población de Angelópolis, Antioquia se presenta como el punto de partida de esta aventura textual y migratoria que nos hace partícipes de la experiencia del colono de la región cafetera de Colombia desde comienzos del siglo XX. Los noventa años de vida de Clara, la protagonista, y los diez años que debe esperar el receptor de estas memorias para difundirlas, corresponden a cien años de colonización y desarrollo de la región que se ha convertido en zona cafetera y turística de gran importancia en el país.

El viaje de Clara tiene un carácter dinámico y de supervivencia. Su trajinar no le da tiempo para introspecciones o análisis. En una voz que se reconoce como oral por el uso frecuente de refranes y la rápida ilación de eventos en un continuo sucederse, esta mujer nos cuenta miserias, paisajes, trabajos y logros. Pocas veces en la novela se da el lujo la mujer viajera de mirarse a sí misma:

Muchas veces me preguntaba si terminaría sepultada en una tumba de piedra como los otros porque el viaje no parecía acabar nunca. ... Ya quería llegar a un lugar y quedarme, no importaba si era la copa de una Ceiba para protegerme de las víboras tiro. Tenía una necesidad imperiosa de quedarme en un sitio y enclavarme en la tierra como una cruz, pero no para demostrar que estaba muerta sino llena de vida. (24)

Y más adelante:

Me hice a la idea de estar siempre en movimiento, ya fuera al lomo de una bestia o caminando. Era como si la idea de permanencia fuera sólo un sueño y mi deambular, una continua realidad. (29)

Al llegar al final de este viaje, Clara se instala en la finca de su esposo Jesús quien representa el prototipo del colono paisa: trabajador,

mujeriego, asesino cuando es necesario probar su hombría, y duro e intransigente con sus propios hijos. El viaje de Clara se transforma a partir de este punto en una migración de clase social. Su matrimonio con Jesús y los años que siguen, su dedicación al trabajo como dueña de un restaurante, granjera, ganadera, y cafetera trazan un itinerario de progreso en la escala social y económica que obliga a la familia de Clara a una nueva migración. En últimas, Clara se convierte en una terrateniente exilada en la ciudad por miedo a la violencia. “Para mil novecientos cuarenta y nueve nosotros ya vivíamos en una casa amarilla del barrio Berlín, en Armenia” (81). La ciudad, su nuevo destino, ya no es un paraíso por encontrar sino un refugio ante los peligros que la inestabilidad política de la región presenta para los terratenientes adinerados. Ubicados en “el barrio de moda en Armenia” (85), Clara y su familia inician un nuevo recorrido. Las batallas legales para recuperar la tierra y el dinero que se gasta en ellas son los primeros síntomas de una degradación paulatina. Presenciamos a partir de este momento, un deterioro de la familia de Clara. Sus hijos, a diferencia de la madre, viajan a estudiar y en lugar de esto se convierten en diletantes desorientados que dilapidan el dinero que se les envía. Su viaje es más un autodescubrimiento que una colonización. Como dice Clara en otro de sus raros momentos de reflexión:

A mi no me deslumbraban los monumentos de Buenos Aires ni las hazañas de Evita Perón. Esa ciudad austral sería para mi hijo su mayor descubrimiento porque empezaría a colonizar su propia alma. El no tendría que cazar o tumbar monte, como lo hicimos su padre y yo, pero estaría en la obligación de enfrentarse a sí mismo en un territorio nuevo. Yo llegué aquí cuando ni siquiera había caminos; mi hijo arribaba a un lugar donde él podía pasear por los bulevares, los cines o los puertos. (114)

RELATO E HISTORIA

Los viajes de Clara, su migración colonizadora y su huida del campo a la ciudad, conectan a la novela de Alister Ramírez a la empresa de ficcionalizar la historia, en este caso, la historia de un grupo específico de hombres y mujeres que durante el siglo XX transfor-

maron una zona casi despoblada en una economía de vital importancia nacional. Temas de la historia nacional irrumpen en la historia de Clara y su familia. Algunos de ellos como la muerte de Jorge Eliécer Gaitán, aparecen como referencias externas que dan una idea de la época en que suceden los acontecimientos, pero que como las invasiones de tierra por parte de grupos apoyados por el partido comunista y las consecuencias violentas de esta “reforma agraria,” afectan directamente la vida de la protagonista y por tanto la trama misma de la novela.

La historicidad del texto y su carácter de crónica de eventos “verdaderos” nos son recordados a cada rato por la narradora quien nos da en momentos claves de la novela recordatorios sobre su edad, que al ir con el siglo nos proporciona la fecha, o sobre el año en que suceden los eventos narrados. Clara le recuerda al lector su carácter de testigo de lo que le cuenta. Es frecuente la frase “lo sé porque...”. Como narradora no omnisciente Clara justifica sus conocimientos sobre los hechos que no pudo presenciar directamente o que su memoria hubiera podido omitir.

PATRIA GRANDE Y PATRIA CHICA.

Durante sus batallas legales Clara les recuerda a sus interlocutores: “yo también soy ciudadana colombiana” (99) pero a la vez les explica que: “soy una campesina sin tierra, otra expropiada de la montaña” (98). Así la novela incorpora a la nación una realidad regional que necesita ser descrita y reconocida como parte de ésta. En el acontecer histórico del que hemos hablado, Colombia es el marco espacial de la novela. Pero en la cotidianidad de Clara y su gente predomina el mundo de la zona cafetera y sus narrativas. Lenguaje, leyendas, paisajes, economía y dieta son propios de ese microcosmos quindiano al que pertenecen los personajes.

Como novela regional, *Mi vestido verde esmeralda* recoge junto con la historia mitificada del colono, un imaginario visual y referencial que logra reproducir aspectos centrales de la cultura quindiana. Sobresale, por ejemplo, la arepa, una especie de maná que en sus cantidades hiperbólicas les sirve a Clara y su familia para sobrevivir. Su ganado se

alimenta gracias a las milagrosas arepas: “Mi tía le pagaba la ruda y la verdolaga que trituraban los cuatro estómagos de la vaca con cien arepas que por supuesto, asábamos nosotras todos los días” (5). Los frijoles, el chicharrón y otras delicias de la dieta paisa alimentan a arrieros, guaqueros y a todo tipo de viajeros que encuentran en el restaurante de Clara un lugar de reposo. Para Clara misma, estos alimentos surgen de una mágica reproducción de sus propios recursos. Como una nueva Petra Cotes, Clara logra multiplicar sus animales y propiedades con una celeridad asombrosa. “Jesús se apareció con un presente entre las manos: traía colgadas de las patas tres gallinas y un gallo” (56). Luego de hacer un caldo con una de las gallinas, Clara nos dice “a la semana recogía un promedio de cien huevos los cuales utilizaba unos para los pericos de desayuno y el resto, que era la mayoría, los vendía en Barcelona” (56).

La casa de Jesús a la que llega Clara, nos presenta una descripción detallada de la casa del colono paisa. Los hijos que se multiplican como los bienes pero que a veces se pierden de la misma forma nos remiten a la estructura familiar y sus vicisitudes en la zona cafetera. Así el lector conoce, a través de Clara, la historia de tantos que como ella, llegaron a la región de Salento en el Quindío colombiano en busca de fortuna durante los siglos XIX y XX. *Mi vestido verde esmeralda* encaja en este sentido con la descripción que se hace de otras novelas sobre esta región en *La narrativa del Quindío* de Nodier Botero Jiménez y Yolanda Muñoz: “la novela histórica del Quindío nos sirve como documento colateral o anexo a los textos de historia para ayudar a desentrañar el ser así de la quindianidad” (178). Al resumir su vida, Clara nos recuerda su dieta paisa y la variedad étnica y cultural de su región:

El tinto en la madrugada, el sancocho con ají y cilantro al mediodía, los frijoles con garra por la tarde, la mazamorra con panela raspada o migas de arepa en una taza de leche fueron mis manjares favoritos. Les dí de comer y beber a los indios de las montañas, a los negros del valle y la costa, a los campesinos que ocuparon mis tierras, a los huérfanos y a las mujeres abandonadas. (146)

Esta enumeración de ingredientes que han aparecido a lo largo de la obra, se presenta ahora como la dieta de la misma Clara, quien a su vez se ha encargado de proporcionarlos en abundancia a todos los que

la rodean. Comida y población se encuentran aquí conectadas como resumen de la alegoría regional. Clara es el Quindío y su tierra en cuyo regazo se han reunido en busca de alimento los más variados grupos de todo el país.

Como parte de ese grupo humano de migrantes y aventureros que simbolizan la ecléctica población quindiana, aparecen tres personajes de origen extranjero. Mister Bremen un personaje de origen judío-alemán que huele mal y lee mucho se hace amigo de Clara y la ilumina en cuestiones intelectuales. Mister Stilman, un americano tan feo como “Fierabrás” es ingeniero de carreteras y se casa con Rosario, la hija menor de Jesús. Y, por último, está el turco Omar Ozmán “el vendedor de telas que pasaba cada tres meses por Los Álamos” (87). Integrados a la vida de los otros residentes de la región, estos personajes añaden complejidad al panorama humano que presenta la novela a la vez conectan región, nación y mundo. El intelectual, el ingeniero y el mercader son portadores de realidades distantes que se incorporan a través de ellos en el mundo quindiano.

LA VOZ NARRATIVA FEMENINA

“Mi disfraz masculino funcionaba en el día pero en las noches, aunque sólo nos pudiéramos ver los rostros a la luz de una vela de sebo, no podía esconder mi naturaleza femenina” (30). Este travestismo del viaje de Clara con su esposo Jesús sirve de espejo al proceso inverso por el cual este narrador femenino no logra nunca ocultar su voz como disfraz de una identidad masculina. Clara es una mujer que piensa como un hombre. Su historia nos entrega la visión masculina de un mundo por conquistar, de una región por colonizar y de hombres cuyas hazañas se miden en el éxito económico y la cantidad de mujeres que se tengan. El prostíbulo, las peleas a muerte, y los viajes constantes, no son parte de la experiencia de la protagonista pero ocupan partes importantes de su narrativa.

La cocina del restaurante y la maternidad, su historia eminentemente femenina por ejemplo, son vistas de una manera distante y práctica. El nacimiento del primer hijo se comenta casi como una in-

terrupción a su negocio. Dice Clara: “Mi mente seguía en el gallinero, en las cocheras, en las caballerizas, pero mi cuerpo estaba extendido y en reposo” (60). Más adelante describe su vida: “Mi vida estaba aquí con mis niños, mis gallinas, mis marranos, mis vacas y mi negocio, el restaurante de Río Verde” (62) y le explica al lector que “el restaurante era como otro hijo, pero me hacía correr más que los míos propios” (63). Cuando muere su hijo Fabio, Clara se siente desesperada: “la expropiación de Bellavista había sido uno de los golpes más duros que había recibido, pero la muerte de otro hijo era insuperable” (107). En estas citas, las enumeraciones y paralelismos enfatizan este desprendimiento en la maternidad la cual, tanto como el negocio, se cifra en una visión de la vida y el progreso como resultados de la acumulación.

En últimas, esta narradora nos entrega un fluir del tiempo que no parece llevar más mensaje que su propio transcurrir. La vida se mide en secuencias de eventos, listas de objetos y el constante ritmo de un quehacer económico. Los cambios de la narradora misma se miden en sus cambios de residencia, de pareja o en el aumento de su capital. En la voz de Clara aparecen todos los demás personajes como imágenes reflejadas en el espejo apresurado de su narrativa que les da la voz brevemente, para dejarnos oír su dialecto o sus tipos discursivos pero sin poder conocer a fondo a la personalidad de quien habla.

La lectura y el carácter autodidacta de Clara son uno de estos eventos que se narran como parte del personaje, pero que en realidad no parecen afectarla como persona. Dentro de una tradición de escritura femenina en la que la mujer protagonista se escribe como letrada, por ejemplo la reciente novela *Historia del rey transparente* (2005) de Rosa Montero, esta novela presenta la anomalía de que la anécdota de estas lecturas no forma parte del perfil psicológico o emotivo de su protagonista. Las novelas en las que dice “sumergirse” no son más que series de títulos que mister Bremen o el señor obispo le facilitan. Clara sigue siendo antes y después de sus lecturas, el mismo personaje oral y práctico, siempre en movimiento con el fin de resolver sus problemas económicos.

A MANERA DE CONCLUSIÓN

El vestido verde esmeralda que Clara se pone para el matrimonio de su hijastra y que queda guardado “en un papel transparente que míster Bremen me había dado para forrar los libros” y con “bolitas de naftalina para las polillas” es el que proporciona el título a la novela. Dice Clara “No volví a usarlo, ni tampoco a ponerme los zapatos nuevecitos. Me tallaban hasta el último juanete” (76). Este vestido es tal vez el símbolo que recoge el progreso material y social de Clara, quien pasa de no tener más que un vestido “de lino y de una sola pieza” que tenía que lavar “casi todos los días” (3), a verse vestida con una vieja chaqueta de la guerra de los mil días que le proporciona la generosa doña Nicasia y que ella misma desbarata y convierte en un traje a su medida (13), para tener luego lo suficiente como para poder olvidar este tesoro, del color esmeralda de la joyas, las montañas y sus sembrados de café en una “talega”. El vestido y su color cifran el éxito de Clara quien en su viaje vital a lo largo de un siglo pasa de la pobreza a la opulencia, del abandono al poder y, a través de la estratagema del relato dejado al obispo, pasa también del silencio de la oralidad a la voz que le otorga la escritura.

Como Clara misma lo muestra en su visita a los Álamos al final de su vida, todo lo demás se había deteriorado irremediamente “sin embargo, lo único que estaba intacto era mi vestido verde esmeralda. Todavía se conservaba envuelto en un papel amarillento” (136). Así como el papel para forrar los libros protegió a este mítico vestido de las inclemencias del tiempo, el comején y la humedad, el título que lo nombra sirve de envoltorio duradero a la historia contenida en él. El deterioro de una sociedad, su violencia, secuestros y el cáncer que la devora no podrán borrar la aventura de aquellos que como Clara le dieron al Quindío su riqueza a lo largo de todo un siglo.

Clara E. Ronderos,
University of Massachusetts Amherst
Mary G. Berg,
Resident Scholar, Women’s Studies Research Center,
Brandeis University

BIBLIOGRAFÍA:

- Botero Jiménez, Nodier y Yolanda Muñoz. *La narrativa del Quindío*. Armenia, Colombia: Editorial Universitaria de Colombia, 2003.
- Bushnell, David. *The Making of Modern Colombia: A Nation in Spite of Itself*. Berkeley: University of California Press, 1993. [*Colombia: una nación a pesar de sí misma*. Bogotá: Planeta Colombiana Editorial, 1996.]
- Loaiza Piedrahita, Oscar. *Los corredores del tiempo: guía turística por la historia del Quindío*. Armenia, Colombia: Oscar Loaiza Piedrahita, 2004.
- Lopera Gutiérrez, Jaime, ed. *Compendio de historia del Quindío*. Armenia, Colombia: Editorial Universitaria de Colombia, 2003.
- Marchant, Reinaldo E. “*Mi vestido verde esmeralda* de Alister Ramírez Márquez” Chile: Centro de Estudios Sociales Avance, 19 de agosto, 2005. <http://letras.s5.com.istemp.com/rm020905.htm> and <http://www.centroavance.cl>
- Ocampo Marín, Hector. *Breve historia de la literatura del Quindío*. Bogotá: Hector Campo Marín, 2001.
- Osorio, José Jesús, ed. *Nueva novela colombiana: ocho aproximaciones críticas*. Cali: Sin Frontera Editores, 2004.
- Palacio, Marco. *Between Legitimacy and Violence: A History of Colombia 1875-2002*. Durham: Duke University Press, 2006
- _____. *El café en Colombia 1850-1970: Una historia económica, social y política*. Bogotá: Planeta Editorial Colombiana, 2002.
- Pineda Botero, Alvaro. *Del mito a la posmodernidad: La novela colombiana de finales del siglo XX*. Bogotá: Tercer Mundo Editores, 1990.

- _____. *Estudios críticos sobre la novela colombiana 1990-2004*. Medellín: Fondo Editorial Universidad EAFIT, 2005.
- Ramírez Márquez, Alister. *Reportaje a 11 escritores norteamericanos*. Bogotá: Planeta Editorial Colombiana, 1996.
- _____. *¿Quién se robó los colores?* U.K.: Wayside Publishing, 2000.
- _____. *Mi vestido verde esmeralda*. Bogotá: Ediciones Ala de Mosca, 2003.
- _____. *Andrés Bello: crítico*. Bogotá: Ediciones Ala de Mosca, 2005.
- Rodríguez, Ligia. “*Mi vestido verde esmeralda*”. Ensayo inédito.
- Safford, Frank y Marco Palacios. *Colombia: Fragmented Land, Divided Society*. New York/Oxford: Oxford University Press, 2002.
- Viveros Vigoya, Mara. *De quebradores y cumplidores: sobre hombres, masculinidades y relaciones de género en Colombia*. Bogotá: CES Universidad Nacional de Colombia/ Fundación Ford/ Profamilia Colombia, 2002

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO I

CLARA

Nací en mil novecientos. Eso me dijo mi prima Venicia cuando la traje con su marido a estas tierras. Yo le creí.

El cura de Angelópolis me bautizó con los nombres de Ana María Ramona Clarisa, pero mi tía siempre me llamó Clara. Ella nos crió a mi hermana Antonia y a mí porque nuestra madre murió durante mi parto. Mi padre repartió a mis otras cinco hermanas entre los familiares y nunca más supe de ellas, excepto cuando murió mi hermana mayor.

El viejo era minero y sólo lo vi unas cuantas veces en mi vida porque después de la muerte de mi madre no quiso volver a vernos. Él le decía a mi tía que cuando encontrara oro en los Llanos de la Clara regresaría por nosotras, pero ella nos decía con rabia, después que su hermano se fue, que ni siquiera para carbonero había servido.

Mi hermana y yo íbamos a la única escuela que había en los Llanos de la Clara. Éramos diez niños y una maestra en tres bancas. El piso era de tierra y la señorita Chantal nos hacía barrer con una escoba de yerbabuena hasta el último rincón del salón. Ella decía que era francesa pero había venido de Amagá. Tenía ojos saltones como la vaca de mi tía y sonreía en muy contadas ocasiones. No lo hizo ni siquiera el día en que se le cayó el techo de paja encima y todos nos desternillamos de

la risa. Sus uñas eran largas y sucias, y no podía disimular el asco que le producían los niños.

Aprendí a leer pero no a escribir. Sólo descubrí el encanto de la escritura cuando me hice mujer. Yo no sé qué decía la señorita pero automáticamente seguía el coro de Abisorba, Abisorparba... Era un ejercicio para aprender el abecedario. Ella también hablaba de la sabiduría de don José Manuel Marroquín² y la valentía del general Rafael Uribe Uribe³. De tanto repetir en clase un carbón más otro carbón conocí el poder de la suma y en casa llevaba muy bien las cuentas de las arepas⁴ que amasaba y los huevos que las gallinas ponían al mes. No eran muchos y los resultados los guardaba mi tía para venderlos en la plaza. Ella decía que los amarillos eran los mejores; por supuesto, yo no entendía de qué hablaba, pero lo supe tiempo después cuando conseguí mi primera amiga.

Mi hermana Antonia y yo compartíamos una cama y mi tía dormía en el suelo por sus dolencias de la espalda. En un amanecer, casi unos segundos antes de despertarnos, sentí que me estaba ahogando en un charco muy frío y que una niña muy parecida a mí me sacaba del agua. Cuando me desperté, Antonia se cubría con toda la manta raída. De pronto alguien me tocó los pies y supe que los tenía fríos por el contraste de la piel caliente que me rozaba. Pensé que era mi tía, pero giré la cabeza y ella estaba en el suelo. Volví a quedarme dormida porque creí que era un perrito que teníamos y que nos lamía los pies y la cara en las mañanas. Cuando la tía nos despertó, nos dijo que Anita se había muerto. Yo no sabía quién era Anita, pero por las señas de mi tía se

2 *José Manuel Marroquín* (1827-1908): político y escritor colombiano, vicepresidente de la República y presidente de 1900 a 1904. Fundó la Academia Colombiana de la Lengua. Durante el gobierno de Marroquín Panamá se separó de Colombia a causa de la intervención de Estados Unidos. Por un lado se presenta a un hombre culto y por el otro a un líder débil en contraste con su homólogo Teodoro Roosevelt. Marroquín fue un ser pacífico, melancólico, muy creyente y que jamás se imaginó que tendría que enfrentarse a una revolución, ni mucho menos a un conflicto internacional debido a Panamá. Véase Eduardo Lemaitre. *Historias detrás de la historia de Colombia*. Bogotá: Planeta Colombiana Editorial, 1994, pp. 144-145.

3 *Rafael Uribe Uribe* (1859-1914): abogado, militar, periodista, diplomático y caudillo liberal colombiano. Participó en varias guerras; en 1896 fue capturado en Cartagena de Indias, posteriormente fue diputado a la Cámara de Representantes y tuvo una participación muy destacada en la guerra de los Mil Días. Fue representante de los liberales en la firma del tratado de Neerlandia (24 de octubre de 1902) y reasumió la dirección liberal en 1903. Sobre la Guerra de los Mil Días, ver la nota 27.

4 *Arepa*: alimento popular de origen precolombino, preparado en base a harina de maíz, sal y agua, al que se le da forma redonda y cocina sobre un elemento caliente de barro cocido, metal o piedra, o se fríe. Pueden servirse solas o rellenas. Su nombre proviene del "aripo" (especie de plancha un poquito curva fabricada en barro, que se utilizaba originalmente para la cocción). Es tradicional en Venezuela y Colombia, pero existen variantes —que son conocidas como "tortillas"— en casi todos los países de Latinoamérica.

parecía a la de mi sueño. Anita era mi hermana mayor y por medio de mi padre nos enteramos de que desde hacía algún tiempo padecía de fiebres altas a causa del paludismo⁵.

Mi tía nos hacía levantar a las cuatro de la mañana para moler el maíz y hacer las arepas. Yo odiaba el pilón de piedra porque no podía levantar el mazo de madera para quebrarlo. Antonia me ayudaba y con el tiempo adquirí mucha habilidad. A las seis estábamos listas y desayunadas para salir y caminar una hora antes de llegar a la escuela. Nosotras no teníamos zapatos y ya nos habían salido niguas⁶ en los pies. Las garrapatas⁷ nos las desprendíamos de las piernas con un baño de agua caliente porque se agarraban con todas sus patitas a la piel y nos chupaban la sangre.

Mi único vestido era de lino y de una sola pieza. Lo tenía que lavar casi todos los días. Una vez no fui a la escuela porque en aquellos días llovía todo el tiempo y la prenda no se secó. Antonia sacó a escondidas de un baúl de mi tía una falda que me sirvió de vestido y me la amarré con una cabuya⁸. Ese día me quedé deambulando por los potreros de don José María Giraldo porque no quería que los otros niños se burlaran de mí. Pero al fin y al cabo todos parecíamos verrugas en la nariz de la señorita Chantal y ella terminó por acostumbrarse a esa corte de enanos con harapos de adultos.

Don José María Giraldo tenía mucho ganado en los Llanos de la Clara y vendía panela⁹ a todos los vecinos de La Estrella, Heliconia, Titiribí, Amagá y Angelópolis, de donde éramos nosotras. Su hija Nera estaba en la escuela. Ella era cuatro años mayor que yo; casi de la edad de mi hermana Antonia. La señorita Chantal la trataba diferente y, a

5 *Paludismo*: de *palus* (lat.) pantano. También conocido como *malaria*, es una enfermedad muy extendida en el trópico y una de las principales causas de mortalidad en el mundo. Está causada por un protozoo (*Plasmodium*) que es transmitido al hombre a través de la picadura de la hembra del mosquito *Anopheles*. Existen cuatro especies de *Plasmodium* que causan la enfermedad en el hombre, siendo tres relativamente benignas pero la cuarta produce un paludismo grave con altas probabilidades de muerte. Su manifestación clínica es el acceso palúdico cada dos o tres días, con escalofríos seguidos de fiebre alta, sudoración abundante y desaparición de la fiebre.

6 *Nigua*: *Púlex penetrans* o *Tunga penetrans*. Insecto díptero afaníptero, originario de América y muy extendido en África, semejante a la pulga; las hembras penetran bajo la piel depositando allí los huevos, y las crías producen mucha picazón y úlceras graves.

7 *Garrapata*: nombre vulgar aplicado a varias especies de arácnidos que viven parásitos sobre otros animales; por ejemplo sobre los perros.

8 *Cabuya*: o fique (*Furcraea cabuya*) vegetal que es hilado para la fabricación de alpargatas, redes y cuerdas.

9 *Panela*: azúcar sin refinar obtenido de la caña de azúcar, que se comercializa en panes compactos de forma redonda, rectangular o prismática, atados por lo común por pares. La pasta sólida se disuelve en agua hirviendo y se obtiene una bebida de color oscura parecida al té. Se puede mezclar con otros líquidos y se sirve caliente o fría. En Colombia se llama agua de panela o “aguapanela”.

pesar de ser la más alta, la sentaba en la primera banca. Nera no hablaba con ninguno de nosotros y sólo respondía con balbuceos a las preguntas de la maestra. La señorita Chantal únicamente sonreía cuando se dirigía a ella y la trataba como si fuera su ama. Don José María la había contratado como tutora exclusiva para su hija, pero el cura lo convenció de mandarla a la escuelita, ante la condición mental de Nera. Su padre pensó que lo mejor era que ella estuviera en un aula con otros chicos, aunque fueran los hijos de los mineros. La teoría del cura era que Nera necesitaba estar con los de su edad. Don José María, quien había fundado la capilla en Angelópolis, accedió a crear una escuelita en una de sus bodegas de panela. Pero una de las condiciones que impuso fue que Nera no debía dirigirles la palabra a los otros niños.

La señorita Chantal estaba allí para asegurarse de que la niña no conversara, y se tomaba muy a pecho su trabajo. Un día no pude soportar más los rizos encantadores de Nera, que me reducían a mi más mínima expresión porque no me dejaba ver el pizarrón, y le dije que la escuela no era suya. Por primera vez, Nera abrió la boca y, como un gansito que da sus primeros graznidos, se puso a llorar. Su llanto comenzó a salirle de adentro con tanta fuerza que su traje de encajes se empapó de pies a cabeza. La señorita Chantal tuvo que llamar a don José María y se la llevaron en parihuelas¹⁰.

Esa noche no pude regresar con Antonia a la casa de mi tía. La maestra me dejó encerrada en la bodega de panela, pero antes de irse regó granos de maíz en el suelo y me hizo arrastrarme arrodillada y rezar cincuenta padrenuestros. En la oscuridad de la bodega encontré el pupitre de la maestra y me comí una arepa con queso que le había mandado don José María con su hijita. Sentí que me había orinado del susto, pero con tal de salir de allí no me importaba estar mojada. Después de amontonar las bancas y formar una pirámide, logré sacar la cabeza por el hueco que se había hecho cuando se le cayó el techo a la señorita. Esa noche anduve a tientas por el camino que ya sabía de memoria y llegué al amanecer a la casa de mi tía.

Mi tía decidió no enviarme más a la escuela porque ella consideraba que yo estaba perdiendo el tiempo y además necesitaba ayuda en los quehaceres de la casa. Mi hermana me contó que Nera jamás volvió a la escuela, que la señorita Chantal se irritaba con frecuencia y que les

¹⁰ *Parihuela*: artefacto compuesto por dos varas gruesas como las de las sillas de manos, con unas tablas atravesadas en forma de mesa sobre las cuales se transportan las cargas.

gritaba a los ocho alumnos que ella no había venido a este moridero¹¹ para que los barrigones¹² se la pusieran de ruana¹³, y que ella no era la esclava de una niña loca que creía en el diablo. Qué se creía esa mocosa, ¿un ángel de Notre Dame? Mi hermana no sabía qué era Notre Dame y ella sospechaba que era de donde venía la señorita.

Pues bien, volví a ver a Nera cuando ella tenía dieciséis años. Yo estaba arriando una vaca de mi tía que comía en los pastos de don José María. Mi tía le pagaba la ruda y la verdolaga que trituraban los cuatro estómagos de la vaca con cien arepas que, por supuesto, asábamos nosotras todos los días. La encontré sentada en una manga, con su vestido blanco y unos zapatos que su padre le había comprado en Madrid; lo supe porque ella misma me lo dijo. Era la primera vez en mi vida que veía unos zapatos así. Ella estaba más callada y hermosa que nunca, sin embargo, no me ignoró y me llamó Clarita. Pensé que era la vaca la que me hablaba y sentí como si las raíces del pasto se agarraran con sus uñas de mis pies para sepultarme, porque siempre creí que ella era muda. Mi nombre sonó muy raro porque nadie me había llamado con un diminutivo. Para mi sorpresa, ella se rió ante mi palidez y me dijo que no era un fantasma sino la hija de don José María. Ella sabía quién era yo y me agradeció el haberla sacado de la escuela. Tiempo después me confesó que ella también odiaba a la señorita Chantal, que su verdadero nombre era Encarnación y que había ido a París como la asistente de su padre, donde aprendió a decir tres palabras en francés y cuando regresó a Amagá le dijo a todos que era francesa.

La madre de la maestra era una vieja carbonera conocida como la Chinca¹⁴ por ser chiquitica y que vendía carbón de puerta en puerta. Mi tía conoció a la Chinca y le oí decir a la señorita Chantal –me parece estar escuchando a la finada– que ella sabía la enfermedad que llevó a la tumba a su madre. Según mi tía, doña Chinca se murió de un em-

11 *Moridero*: lugar aislado, detestable, ruinoso, abandonado, de poca importancia. Donde se muere sin esperanza.

12 *Barrigón-gona*: niño de corta edad. Panzudo, panzón, barrigudo, que tiene un abdomen con curva.

13 *Ponerse* (a alguien) *de ruana*: jugar, irrespetar. Colombianismo que se usa en Antioquia y su zona de influencia para indicar que se puede abusar de una persona o situación. “Los líderes se pusieron el país de ruana”.

14 *Chinca*: nombre propio y como en muchos países hispanoamericanos a las personas no se les llama por su nombre, sino por un sobrenombre o la abreviación de éste por asociación con aspectos físicos como la estatura, su peso, la raza, el color de la piel o por su origen étnico, etc. En Colombia se le dicen turcos a las personas que tienen habilidad para los negocios, y no existe ninguna relación aparente entre la persona y Turquía. Los inmigrantes que llegaron al norte de Colombia eran de origen sirio-libanés pero se les dio el nombre de turcos y esto pasó al interior del país. Otro ejemplo es usar el sustantivo “negro/a” de forma cariñosa para referirse a una persona de raza blanca.

panizamiento. Yo le pregunté qué quería decir con esa palabra y mi tía me contestó que era el mal del pan. La madre de la señorita sólo se alimentaba de pan sin levadura y por eso se fue a la sepultura, de tanto comer pan. Yo creía en todo lo que mi tía decía y por lo tanto en mi vida no probaría un mendrugo de pan. No existía un manjar superior a una arepa bien asada. Además, nosotras no teníamos ni para comprar un mojicón¹⁵. Don José María había recogido a Chantal desde el fallecimiento de su madre y se la llevó para su casa, no por caridad sino porque la necesitaba como sirvienta.

Nera conversaba sin parar, mientras la vaca se comía todo lo que podía alrededor. Yo no dejaba de mirarle los zapatos. Al final de aquella tarde, Nera se los quitó y me los regaló. A partir de aquel día nos veíamos a la misma hora. Yo la contemplaba y ella me contaba historias como la de la vez que don José María, el cura y el notario tuvieron que bajarla de la copa de un caracolí¹⁶.

—Mira, Clarita, mi papá no quiso que nadie se enterara, pero la verdad es que yo quería irme con un espíritu y mi papá le suplicó de rodillas que no me llevara. El espíritu accedió y me dejó engarzada en el árbol. Pero yo sé que él volverá tarde o temprano.

Otro día, Nera se destapó el pecho y me mostró la prueba de que había sido raptada en el caracolí: tenía unas marcas de líneas color púrpura que parecían como si una mano de seis dedos hubiese dejado en ella sus huellas. Nera traía huevos escondidos en los bolsillos y me pedía que le untara la clara en los senos para calmar el dolor. La vaca de mi tía se comía las cáscaras y yo me tragaba las yemas.

Mi amistad con la hija de don José María estaba basada en los pedazos de panela que ella sacaba como por arte de magia de sus encajes y, por supuesto, en los huevos. No obstante, la razón fundamental para que yo me sentara a oír en repetidas ocasiones el cuento del caracolí era ver una colección de fotografías que me mostró durante nuestros encuentros. Cada día traía una distinta y la guardaba en las páginas de un libro titulado *Fausto*. Supe que el libro no estaba escrito en español porque de las pocas palabras que había aprendido en la escuela ninguna concordaba con las de las misteriosas páginas. Luego supe que ella leía en alemán porque años más tarde un vecino extranjero que fue acusado de leer libros malos me mostró el mismo libro, con el mismo lenguaje indescifrable.

15 *Mojicón*: pan de azúcar que cuesta muy poco.

16 *Caracolí*: árbol de la familia de los anacardos (Colombia).

La primera fotografía que me enseñó era la de un obispo, que había sido tomada en Medellín. Yo nunca había estado allí y pensé que todo el mundo se vestía de capa negra y usaba anillos tan finos como los que el señor obispo tenía en la mano derecha. Era su tío por parte de padre y quería que Nera se fuera a un convento en España. Otra fotografía era la de un grupo de hombres que miraba la disección de un cadáver. Según Nera, su abuelo materno había sido doctor en Amsterdam. Pero la que más me sorprendió fue la imagen de su madre sentada en unos jardines. Nunca había visto a su madre y por algún momento sospeché que la señorita Chantal era su progenitora, pero me alegré de corroborar que estaba equivocada. Un ser tan celestial como Nera no podía ser la extensión de un espantapájaros. En efecto, Nera había heredado la belleza y la elegancia de su madre. Ella me contó que su madre era granadina y la fotografía había sido tomada en los jardines del Generalife¹⁷. Yo jamás había visto flores, naranjos, uvas y fuentes de agua. Ella me describía los colores y no sé si me dijo la verdad porque los retratos eran en blanco y negro. La única flor que yo conocía era la siempreviva, pero lo que ella me mostraba no era una siempreviva sino una orquídea. Lo descubrí porque Nera me las mostró en los troncos de una cañada y yo perdóné a mi tía su ignorancia porque ella no sabía distinguir entre un gurru¹⁸ y una tortuga de río. Me acuerdo mucho de esa orquídea porque floreció en medio de la cochera de mi tía. La pobre marrana¹⁹ que teníamos estaba tan flaca que un día, en un acto de esfuerzo y desesperación, la decapitó de un solo intento. En los pelos de su hocico no quedaron ni los más mínimos rastros de su crimen. Me dieron rabia y envidia, pero al mismo tiempo la compadecí porque la

17 *Jardines del Generalife*: El *Generalife* era una villa de campo cercana a la ciudad de Granada, España, rodeada de huertas y jardines que servían para manutención y descanso de la familia real. La palabra *Generalife* es árabe, compuesta de *djennat*, huerto o paraíso, y de *alarif*, arquitecto. Fue construido en terrazas sobre la ladera del Cerro del Sol, la colina que hay frente a la Alhambra, en tiempos del rey nazarí Muhammed III (1302-1309).

18 *Gurru*: armadillo (en las zonas andinas y amazónica colombianas), jerre-jerre (Costa Atlántica colombiana y Venezuela), mulita, tatú o pirca (Brasil, Bolivia, Perú y Ecuador). Existen veintiún especies de armadillos distribuidas en América Latina y el sur de Estados Unidos. Colombia goza con poseer seis que llegan a pesar los cuarenta kilos. Estos mamíferos pertenecen a la orden de los Xenarthra arthos. La carne sirve para consumo humano y dado su delicioso sabor es conocido como el “siete carnes”, pues se asemeja a la de res, pollo, conejo o cerdo. Los campesinos suelen deshuesar el animal y preparar la carne dentro de la caparazón para consumirla asada, frita o en guiso.

19 *Marrana*: cerdo/a. Puede ser de origen expresivo o del árabe “mahran” –vulgar mahrán– vedado, por ser el cerdo vedado para los musulmanes. Aplicado a las personas que se portan con falta de escrúpulos, delicadeza o nobleza. Muy sucio. Se aplicaba al judío converso que seguía practicando su religión en secreto. Persona maldita o excomulgada.

orquídea era para la marrana el equivalente de un chicharrón²⁰ que yo me comía una vez al año.

La madre de Nera no había querido regresar a las montañas y su padre terminó por aceptar la pérdida de su esposa. Don José María la había criado y la señorita Chantal había sido su niñera y tutora.

Uno de los juegos favoritos de Nera era sacar la fotografía de su madre en los jardines e inventar historias, como si ella fuera un personaje. En una de ellas la mujer en la imagen era una de las esclavas preferidas del harén del sultán Yasuf: un día el sultán se enteró de que su esclava tenía un amante en la corte. Los dos amantes se reunían a escondidas en los jardines del Generalife. Nadie sabía la identidad del hombre. El sultán mandó llamar a sus treinta y seis guerreros y los decapitó a todos. Otra, era que en el Castillo Rojo vivía Yasuf. En su cuarto sólo tenía tapetes y en las paredes estaba escrito el nombre del que le ayudaría a ganar la guerra. Una de las esclavas de su harén se acercó a su amo, se arrodilló y le dijo: “Soy cristiana, me raptaron y fui vendida en África”. El sultán le contestó: “Ahora estás en las tierras de Alá”. Esa noche la esclava cristiana se arrojó desde la Torre de la Vela.

Nera me enseñó el significado de las palabras aljibe, alcazaba, arrayán, albaicín, alcázar o alhambra. La palabra más parecida que sabía era alambre... y de púas, porque don José María lo había traído desde Medellín para cercar sus tierras.

A veces ella me escuchaba y le gustó la historia que yo le conté de un hombre que adivinaba la suerte con un lorito en los días de mercado. Sucedió que un domingo, después de la misa, mi tía nos llevó a mi hermana y a mí a la plaza. Yo me escabullí cuando mi tía escogía unas puchas²¹ de maíz en el granero de don José María. En la única calle que atravesaba el pueblo, un hombre gritaba:

—¡Soy Domingo, el de la suerte del domingo!

Yo me acerqué, y como era tan pequeña pude meterme entre la gente y ocupar la primera fila. Domingo tenía un trípode y encima ponía una jaulita de donde salía un lorito con un papel en el pico. Nera me había regalado medio real y decidí invertirlo en mi suerte. El lorito ya no podía ni caminar de lo viejo que estaba, pero cumplió su cometido después que Domingo casi lo obligara a salir de su encierro:

—Señores: Darío, el lorito, está concentrándose. Darío, Darío...

20 *Chicharrón*: fiambre formado por trozos de carne de distintas partes de cerdo prensado en molde; también residuo tostado de la grasa fina de cerdo frita.

21 *Puchas*: en algunas regiones de Colombia se usa como sistema de peso. Una pucha equivalente a tres libras.

—Domingo me miraba con desconcierto y sin ninguna intención de devolverme mi moneda. Por fin, el plumífero se asomó con el mensaje y Domingo se lo arrebató antes de que Darío se arrepintiera.

—Señoras y señores: esta niña viajará a otras tierras, conocerá a un príncipe y vivirá en un palacio como el de la reina María Luisa²² —todos los curiosos se rieron y alguien exclamó que por estas tierras no había príncipes ni palacios.

Ante la rechifla de la muchedumbre, mi tía se acercó para ver qué ocurría y me descubrió. Ella, que tenía las manos como unas tenazas, agarró al hombre por el cuello y le dijo que si pensaba robarme se las tendría que ver con ella. Mi castigo por haberme escapado fue pilar²³ todo el maíz que había comprado en el mercado y, además, me sentenció que si quería ser rica tendría que casarme con un comerciante como don José María.

La última vez que vi a Nera fue cuando me fui a despedir de ella porque me escapaba con Domingo. Nera me regaló la fotografía de su madre en los jardines del Generalife y me entregó un talego lleno de huevos, panela, arepas, buñuelos y queso. Yo le conté que él me llevaría a Medellín, luego a Puerto Berrío y que tomaríamos un barco hasta Barranquilla. Domingo decía que tenía parientes en Madrid y que, tarde o temprano, nos aceptarían. Allí nos casaríamos en la iglesia de Santa Ana y luego él me llevaría a los jardines del Generalife.

Pero no llegamos ni siquiera a Marinilla porque me dejó tirada, sin un buñelo y con Darío, el lorito, casi a punto de fallecer de una bronquitis. Yo tenía trece años y ya no era virgen.

22 *Reina María Luisa*: se refiere al Palacio Real de Madrid y a María Luisa de Parma (1751-1819), hija de Felipe de Borbón, duque de Parma, y de Luisa Isabel de Francia, y nieta de Felipe V de España y de Luis XV de Francia. Se casó con su primo —quien luego sería Carlos IV— en 1765. Reinó con él desde 1789 hasta las Abdicaciones de Bayona forzadas por Napoleón Bonaparte el 5 de mayo de 1808. Murió en el exilio en Roma en 1819, unos días antes que el rey.

23 *Pilar*: del latín vulgar pilare. Descascarar el maíz en un pilón, que es una especie de mortero de madera, piedra o metal. El maíz se deposita en el recipiente y los granos se machacan, majan o descascarillan con una mano dos utilizando un pedazo de madera sólido o majadero largo en forma de mazo o martillo hasta convertirlo en una masa.

CAPÍTULO II

DOMINGO

Domingo no fue un hombre importante en mi vida ni tampoco en la de nadie. La noche que me despedí de Antonia mi tía estaba en el suelo tan profundamente dormida como su marrana. La diferencia entre el sueño de la porcina y el de mi tía era que la primera dormía por depresión y mi tía, por cansancio. El animal no servía ni para el matadero, pero mi tía creía que podría sacar unos cuantos reales con su venta y comprarnos unos zapatos. Antonia no quiso acompañarme porque le había cogido mucho amor a la vieja y mi tía sólo nos tenía a nosotras en el mundo.

A mí me gustó Domingo desde que lo vi por primera vez. No sé si fue porque no era de estos lugares o porque se parecía a mi padre, o por lo menos lo que yo recordaba de él. Tenía más del triple de mi edad, era más alto que los otros mineros que había visto, tenía un bigote negro bien peinado y no usaba ruana²⁴ como los demás. Fumaba tabaco y no se lo sacaba de la boca ni cuando leía los papelitos de la suerte. Mi tía supo que me gustaba desde que me vio observándolo en la calle. Ella no pudo evitar aquella atracción. Él era tan encantador que hasta sedujo a mi tía y cuando ella le puso las manos en el pescuezo, él se las arregló para decirle a través de Darío, el lorito, que la suerte la rondaba y que muy pronto llegarían a sus bolsillos unos reales por un negocio.

²⁴ *Ruana*: de ruán que era una tela de algodón estampada en colores, que se fabricaba en Ruán Francia. En Colombia es un tejido de lana, especie de capote de monte o poncho.

Mi tía quedó convencida de que por fin le tocaría la suerte porque don José María le compraría la marrana.

De la misma manera que mi tía, yo también creí en las palabras de Domingo y todos los fines de semana nos veíamos a escondidas después de la misa. Antonia me acompañaba mientras mi tía vendía los huevos en la plaza. Una tarde me propuso que me fuera con él y yo no lo pensé dos veces. Para mí era fascinante pensar que me raptara. Este fue el pacto que hice con Antonia: ella le diría a mi tía que Domingo me había robado y llevado a España. Si Nera había sido escogida por un espíritu maligno para llevársela a su propio mundo, por qué yo no podía ser la víctima de un hombre tan encantador y guapo.

La primera noche después que huimos, Domingo y yo caminamos por las trochas de don José María. Yo fui la guía porque conocía esas tierras de memoria. Lo importante era alejarnos lo más que pudiéramos para no darle tiempo a mi tía a que nos persiguiera. Después de caminar dos días llegamos a una posada cerca de La Estrella. Doña Nicasia nos arregló un nido de costales de panela en el suelo y allí nos quedamos dormidos por varias horas. Yo nunca había dormido con otra persona, aparte de mi hermana, y menos con un hombre. Cuando desperté me miré los senos para ver si tenía marcas purpúreas como Nerita, pero mi cuerpo estaba intacto. Doña Nicasia me dijo que Domingo se había ido a Fredonia y regresaba en dos días. En efecto, Domingo llegó irreconocible; no traía consigo a Darío, su bigote estaba disperso como los pelos de la marrana y su voz no era sonora como cuando gritaba “Soy Domingo, el de la suerte del domingo”. Me dio un puñetazo en la boca que me reventó los labios y me dejó hinchada por varios días, y luego me arrancó a manotazos el único trapito que tenía puesto.

Todas las mañanas se afeitaba y se peinaba el bigote, se limpiaba el saco de levita negro que tenía y me hacía lustrar sus botas. No me dirigía una palabra y luego le decía a doña Nica que a fines de mes le pagaría por la comida de esa mocosa. Por las noches regresaba borracho y antes de poseerme me daba una paliza. Yo no comía, a pesar de que la viejita me ponía un plato debajo de la puerta. De vez en cuando me tragaba unos plátanos maduros y me acordaba de la marrana de mi tía, porque a la pobre la mantenía encerrada y lo único que hacía era le-

vantarse en las patas traseras para mascullar con los pocos dientes que le quedaban un trozo de maduro²⁵ asado. Un día la casera, cansada de esperar a Domingo, que no había vuelto desde hacía tres semanas, abrió la puerta de mi pieza que estaba amarrada por fuera con una cabuya y me dijo:

—Mijita, levántese. No llore más. Ojalá que a Domingo lo devore la Madremonte²⁶.

Yo levanté los ojos y vi a doña Nicasia, que tenía en las manos a Darío. Me lo entregó y dejó abierta la puerta. Darío no cesaba de toser, y con aguapanela y limón, que la casera preparaba todos los días, nos recuperamos los dos.

—Mijita, usted es muy guapa y con unos calditos de palomo se va a alentar.

Domingo no regresó y no lo extrañé ni un segundo. Como no tenía ropa, doña Nicasia me regaló una chaqueta militar de su marido muerto y, como mi tía me había enseñado a coser mi propia ropa, desbaraté ese baluarte de la guerra de los Mil Días²⁷ y lo convertí en un traje a mi medida. La tela estaba muy gastada y con algunas manchas de sangre, que yo disimulé muy bien en el ruedo. Los botones estaban podridos y yo recogí semillas de tagua²⁸ que los remplazaron. Doña Nicasia necesitaba ayuda en la pensión con la comida para los comensales, el cuidado de la pesebrera y el lavado de la ropa. Yo era casi como su hija, y a pesar de extrañar a Nera, la vaca, Antonia y a mi tía con su

25 *Maduro*: plátano de color amarillo y dulce, listo para consumir o cocinar.

26 *Madremonte*: o Madreselva. Mito de origen indígena muy conocido en la época colonial y que se transformó a través de generaciones. Es la reina de los bosques y los montes, y se representa a través de la figura de una mujer corpulenta, elegante y vestida de hojas y musgos. Persigue a los hombres malvados, les hace perder su camino y los obliga a caminar sin rumbo.

27 *Guerra de los Mil Días*: conflicto civil que enfrentó a fuerzas antagónicas de grupos de liberales y conservadores, que por más de medio siglo habían sostenido sangrientas guerras regionales y nacionales. Devastó a Colombia y Panamá entre 1899-1902. El partido liberal radical fue derrotado por las fuerzas conservadoras. Desde mediados del siglo XIX los liberales habían iniciado reformas anticoloniales, liberaron la mano de obra esclava, desestancaron los latifundios de la Iglesia y los terratenientes iniciaron los ciclos de exportación del tabaco, la quina, el añil y el café. Los desastres militares de las guerras de 1885 y 1895 consolidaron el régimen de Rafael Núñez y Miguel Antonio Caro con la Constitución de 1886 y el Concordato de 1887. Con la firma de los tratados de Neerlandia, nombre de la hacienda donde se llevó a cabo la reunión el 24 de octubre de 1902 y de Wisconsin el 21 de noviembre de 1902, a bordo del acorazado estadounidense del mismo nombre, se puso fin a la guerra. Como consecuencias de la guerra de los Mil Días se regresó a la alianza entre el poder civil y el eclesiástico, se reafirmó el control de la propiedad privada y se apoyaron las políticas de expansión de Washington. El 3 de enero de 1903 se consumó la separación de Panamá del territorio colombiano a causa de la intervención de Estados Unidos.

28 *Tagua*: semilla de palma americana, sin tronco, cuyo endospermo es muy duro y equivale al marfil vegetal.

cochinita, me sentía a gusto en mi nuevo hogar. De todas maneras no podía regresar porque las distancias eran enormes y los crudos aguaceros borraban los caminos.

Me acostumbré a la rutina de la posada y además ganaba reales con los arrieros. Yo les marcaba los pañuelos con tinta de aguacate y ellos los llevaban como un gran regalo a sus esposas. Además, guardaba las pepas de los aguacates y cuando ellos me daban los pedazos de tela, forraba toda la superficie con la semilla, y con una aguja pinchaba la prenda hasta extraer el pigmento de color marrón. Como era la única que sabía el abecedario y algunas palabras, me pagaban a buen precio lo que ellos ignoraban. Doña Nicasia tenía un palo de aguacate en el solar. No era más alto que el caracolí donde un espíritu maligno había descargado a Nera, porque ella me lo mostró una vez y me aseguró que ese era el árbol bendito. Los aguacates de la cosecha pesaban más de tres libras, eran pura mantequilla por dentro y escurrían una leche blanca cuando los partía. Me aficioné tanto a los aguacates que los comía en el desayuno, no faltaban en los fríjoles ni en la sopa y hasta me lavaba el pelo con un jabón de aguacate que yo misma fabricaba. Domingo me había arrancado mucho cabello, pero con los masajes con aguacate en las partes peladas me habían salido nuevas raíces. Misia Nica me los hacía coger con una medialuna antes de que se cayeran de las ramas porque parecían bacinillas colgadas de la oreja. Yo los partía por la mitad, les sacaba el corazón y usaba la pepa antes de que se secara, porque si esperaba demasiado ya no podía utilizar la mancha del corazón.

Los arrieros venían de Medellín; algunos pasaban con faltriqueras²⁹ llenas de peines, encajes, tabacos, y otros transportaban cargas de panela hasta tierras desconocidas. Era un mundo habitado por hombres, que se desplazaban como sombras de un lugar a otro. Los que llegaban a la posada dormían como hombres, se emborrachaban como hombres, jugaban naipes y dados como hombres, contaban historias como hombres y se marchaban como hombres. Siempre me pregunté sobre qué conversarían durante las eternas jornadas de sus caminos. A veces creía que eran las mulas las que hablaban y los hombres eran los que sostenían sus penas en la espalda. Mucho tiempo después noté la fascinación del silencio en días de lluvia y el eco de los pájaros de las

29 *Faltriquera*: bolsillos grandes de las prendas de vestir. Bolsas de tela.

nuevas tierras. Era como un peregrinaje de silencios. Los únicos intervalos consistían en las voces y las risas nocturnas de los hombres al pie de una estufa de leña en la posada de doña Nicasia. Ellos regresaban de las nuevas tierras como alucinados, con la misma mirada que tenía mi padre, pero muchos de los caminantes se quedaban en ellas para siempre.

Uno de los arrieros que me habían encargado escribir las iniciales del nombre de su mujer en unas sábanas no retornó ese año. Sin embargo, él me había pagado por adelantado y yo se las mandé con otro de sus compañeros. Veinte meses más tarde apareció en la posada de nuevo. Traía un bulto de papas. Iba para Medellín a comprar municiones y de regreso a las nuevas tierras se llevaría diez bultos de panela. Me dijo que su esposa se había muerto y que por eso no había vuelto. Su nombre era Jesús, tenía los ojos de gato, la piel estaba curtida por el sol y tenía treinta años más que yo y... me gustaban las pañoletas que siempre me traía de Medellín. Una noche lo vi hablando con doña Nicasia en mucho secreto y cuando le serví los frijoles me preguntó con un miedo infantil que si me iba con él. Doña Nicasia me había dicho que era cierto lo de su viudez y lo de sus seis hijos, que eran casi de mi edad. Pero lo más importante era que don Jesús poseía muchas propiedades en las nuevas tierras. Sin embargo, lo que no me dijo doña Nica era que él había estado en la cárcel diez años por matar a un alcalde y que para llegar a sus tierras el viaje a lomo de mula se demoraba seis meses.

Yo le dije a Jesús que lo pensaría y al año siguiente regresó por la respuesta; moví la cabeza en un gesto afirmativo y le impuse una única condición: que me prometiera casamiento en cualquier iglesia. Él cumplió su promesa, pero solamente después que nació nuestro primer hijo y eso porque casi me muero en el parto. El sacerdote y el notario estaban listos la noche del alumbramiento, el primero para darme la extremaunción y el segundo para escribir un testamento en donde yo figuraría como la legítima esposa de don Jesús Márquez y por lo tanto mi hijo tendría derecho de heredar. Pero el cura se quedó con los santos óleos listos y nos casó.

Don Jesús necesitaba una esposa que lo ayudara a criar a sus hijos y una mujer que lo esperara en la cama. Yo no era realmente la más

indicada, pero me convencí de que era lo mejor para mí. Además, el viejo era un encanto de hombre; era como mi padre, o al menos como el recuerdo que tenía de papá Lázaro. Jesús nunca me reprochó el hecho de que no fuera virgen y a su edad eso ya no le interesaba. Desde que conocí a Jesús no volví a tener pesadillas en que corría desnuda por desfiladeros bordeando ríos de mierda. Domingo desapareció por completo de mi mente.

Doña Nicasia nos despidió con la bendición y yo le regalé a Darío, el loro. Nuestro cortejo eran las veinte mulas cargadas de víveres y una escopeta que me la terció a la espalda como regalo de nuestra unión. Durante el largo trayecto él me enseñó a disparar y, para ser una principiante, no tenía mala puntería.